

# De la Vida que se escapa

Alvaro Amaya



Image not found.

# Capítulo 1

## De la Vida Que se Escapa

### Cuento

Como final del ajetreado recorrido laboral por ciudades del norte de Honduras, a las seis de la tarde del viernes arribamos a San Pedro Sula y cuando en la recepción del hotel pedí la llave de mi habitación, me entregaron un mensaje de Federico el gerente local, quien me pedía que esta misma noche asistiera a una reunión con los miembros de la directiva de la Asociación Médica de San Pedro.

- Federico, recién estamos regresando, recibí tu mensaje, agradezco que me tomés en cuenta pero estoy agotado, no podré estar en esa reunión, lo siento -, le dije al teléfono y aceptó mi negativa con un refunfuño. Llené la bañera con agua caliente y me metí en ella. Coloqué el teléfono cerca para llamar y saber de mi familia pero me quedé dormido. Su estruendoso timbre me despertó y Gustavo mi compañero de viaje me dijo,

- ¡No podés hacer eso!, No podés dejar de ir a la reunión de hoy -. Sonaba preocupado.

- Hace meses que trato de llevar a esta cena al director del Hospital y hasta esta semana aceptó reunirse con el gerente y con nosotros -, me explicó apresurado. Callé esperando que prosiguiera y ante mi silencio sentenció,

- ¡Mario por Dios!, ¡Se trata de la licitación anual de medicamentos! -, reclamó sin que me hubiera opuesto a nada pero consciente de que eso era una presión en toda regla.

- Lo siento -, le dije. - Ya está dicho, no voy a ir -, le confirmé. - Ésta es tu responsabilidad y la de tu jefe, no la mía -, le recordé tajante. El silencio que a continuación se produjo se prolongó tanto que me obligó a preguntar,

- ¿Gustavo? -,

- Aquí estoy -, contestó con un tono de derrota. - Es que me desubicaste -, aclaró en voz baja para agregar, - Sabés que lo importante de esta reunión es la licitación pero también me llamó Ofelia la secretaria del director. Me dijo que asistirá y me aseguró que nos escaparemos en cuanto lleguemos para que vayamos a bailar a otro lado y que llevará a

una amiga para que no estés solo -, me dijo.

- Gustavo, allí no tengo nada que hacer -, le dije conciliador, pero pensando que hacía un año que no veía a Ofelia le pregunté.

- ¿Qué tiene que ver Ofelia con esta noche? -.

- Mario, ella es quien va a procesar las bases para la licitación próxima y a petición mía va a ayudarnos pero de ese tema, no quiere hablar nada con mi jefe, solamente con nosotros, no quiere comprometerse con nadie local, creo que quiere hacerlo solamente con vos -, me dijo confabulador.

- Y además es cierto que llevará a una amiga -, terminó diciendo para provocar mi entusiasmo.

- Para mí esa propuesta no funciona, necesito descansar -, le dije. Y quedamos otra vez en silencio. Después agregó,

- La verdad es que te necesito -, dijo claudicando y explicó con un tono que tenía bastante de súplica,

- Conservar mi trabajo depende de ganar esta licitación. Montar esta reunión me ha costado

muchísimo y como no es su logro, Federico no te presionó para que estuvieras en ella. Sabés lo mal que están las cosas para mí. Por favor Mario esto es algo personal, necesito tu ayuda, el director te tiene aprecio, Ofelia lo sabe y por eso va a estar allí con nosotros. No me fallés ahora -, suplicó.

Desde inicio del año Gustavo estaba con los niveles más bajos de ventas, era cierto que estaba en peligro y era cierto que Federico quería destituirlo pero no porque fuera culpable. Al despedirlo solo estaría demostrando a sus jefes que era un ejecutivo diligente que tomaba acciones enérgicas y perentorias ante la real caída general de sus ventas, pero esa sería una idiota y torpe acción que sólo temporalmente justificaría su incapacidad para lograr lo que el director le exigía y que de todos modos no podía lograr. Pero me gustara o no, también claudiqué. Esta era mi región área de responsabilidad y decidí sacar mis nalgas del agua para cooperar en lo que pudiera.

- Estoy en la bañera, te llamaré cuando esté listo para que vengás por mí, ¿De acuerdo? -, le dije.

- No te preocupés, tomáte tu tiempo, los tres ya estamos aquí abajo en la recepción. Te estamos esperando en el bar -, me dijo y colgó rápido para evitar oír lo que por manipulador merecía.

Era horrible asistir a fiestas con chaqueta y corbata en este lugar tan caluroso pero ya no había escape. Bajé y cuando Ofelia me vio entrar al bar, iluminó su rostro y me sonrió fugazmente. Se adelantó para saludarme con un rápido beso en la mejilla y monopolizando la acción, me tomó por el codo y abandonamos a Gustavo y a su amiga en la barra del bar. De espaldas a ellos, nos sentamos en una de las pequeñas mesas dispuestas alrededor de la piscina. Apretó mi antebrazo y me dijo rápidamente,

- Sólo en este momento hablaremos sobre esto. La ayuda que te puedo prestar es proporcionarte el rango máximo de precios a los que se comprará en la próxima licitación y que ya están discutidos y aprobados entre el hospital y el ministerio -, me dijo para agregar con alguna premura, - Tengo las copias conmigo pero no voy a abrir mi bolso aquí -. Asumí mi turno de dirigir la acción, me puse de pie, extendí mi mano para levantarla y nos dirigimos hacia los ascensores para subir a mi habitación. Cuando penetramos en ella Ofelia abrió su bolso y me entregó las copias de los documentos a los que se había referido.

- ¿Por qué hacés esto? -, le pregunté con ellos en mis manos,

- Por lo que tuvimos -, me dijo, escueta, segura y sin ningún tipo de dudas. - Pero además quería verte de nuevo -, agregó acercándose, rodeó mi cuello con sus brazos y me besó largamente en la boca.

- Ofelia esto ya pasó. Creo que lo cerramos tranquila y adecuadamente -, le dije al oído, suavemente y en plan tranquilizador. Rápido me repuse de lo sorpresivo de su acción porque sabía que Gustavo estaba de por medio. Cuando lo consideré adecuado y para que no se sintiera rechazada, la retiré con suavidad.

- Así es y eso es lo que te hace seguir siendo el imbécil que sigo esperando -, me dijo viéndome a los ojos mientras dejaba su mano en mi mejilla.

- Sos la novia de Gustavo -, le recordé.

- Gustavo no tiene la más mínima capacidad para querer a nadie y nunca la tendrá -, afirmó. -

Los dos estamos sabidos que ni a él ni a mí nos interesa nada serio -, concluyó. Era una confesión con la que nada tenía que ver. No le dije nada y apartándola del tema le advertí,

- Ofelia, si hacer esto puede causarte algún problema laboral, no los quiero -, le dije regresándole los documentos que me había entregado.

- No. Quedátelos. Traería problemas sólo si se sabe que te los anticipé -, me dijo dándose cuenta de mi ausencia de entusiasmo por el beso y por lo que me había confesado. Intentó decir algo y se reprimió. No lucía defraudada pero abandonó su intención, se decidió por arreglarse el pelo y por buscar algo en su bolso de mano del que finalmente sacó un lápiz labial. Mientras repintaba sus labios, inició decididamente la salida de la habitación y la seguí. En el ascensor limpió mi boca con sus dedos y me miró de una manera indefinible con la que me quiso decir algo que no logré adivinar.

Los documentos eran las referencias de los precios máximos de compra que vendrían publicados como condiciones de la licitación. La competencia se iba a dar por debajo de ellos y ganaría quien pudiera ofrecer menos de ese nivel. El beneficio de este favor era lograr que yo tuviera el tiempo suficiente para convencer a mis jefes para que me consiguieran precios para intentar ganarla. Mi peor problema era interno porque para participar, debía pedir esos precios especiales de venta a la sede en Europa y esas aprobaciones siempre se retardaban por la pesada y saturada burocracia interior. Esperaba que llegaran a tiempo para competir en el evento.

Creo que a Ofelia la amé intensamente por un corto tiempo pero ahora que de nuevo la veía, estuve seguro que eso ya había pasado. Más que un alivio, al constatarlo experimenté tranquilidad. Desde que supe de su relación con Gustavo, estaba seguro que éste solo la usaba para mejorar sus ventas y ahora inesperadamente y sin querer saberlo, me había confirmado que el desamor era mutuo, lo que mantenían no era una firme, ni dichosa, ni sincera relación.

Gustavo era una persona básicamente buena quien con sus capacidades luchaba por la vida en el medio que conocía y como responsable de apoyarlo para que lograra sus objetivos comerciales, no dejaba de preocuparme saber que ya estaba suficientemente mal calificado por sus bajos logros y por tener en contra a su jefe inmediato. Conociendo a Ofelia, estuve seguro que Gustavo había trabajado arduamente para convencerla y también estuve seguro que la condición de entregar los documentos solamente a mí, había sido su pretexto para verme a solas. Aunque la relación entre nosotros estaba cortada en definitiva desde hacía un año, mi ególatra e ilógico interior se sintió complacido y no dejó de regodearse al saber que ella aún mantenía expectativas conmigo.

Pero no dejó de ser algo que me obligó a la retrospectiva de lo sucedido con ella. Accidentalmente nos habíamos conocido en Tegucigalpa, una noche en la que ella organizaba una exposición de pinturas para un amigo cerca del hotel donde me hospedaba. Por las noches yo me escapaba del hotel para huir de los compañeros de trabajo que me buscaban para parrandear con los pródigos viáticos que disponía. Al principio eso había sido simpático, agradable y divertido, hasta que salir con los mismos aún

en mi tiempo libre, me produjo la sensación de estar sempiternamente atado a mi trabajo sin desconexión posible. Esa noche de viernes al terminar la jornada, llegué al hotel y me escapé rápido para deambular por las calles de la ciudad, buscando descubrir un nuevo restaurante para cenar. Caminando por una callejuela del empedrado y viejo centro, tras los vidrios de un local bastante iluminado, vi grupos de alegres personas que circulaban con copas en sus manos mientras hablaban y reían entre sí. Al acercarme me di cuenta que se trataba de una exposición de pinturas, penetré al lugar y empecé a observar los cuadros que colgaban de las paredes.

- ¡Bienvenido!, soy Ofelia -, me dijo al acercarse con su mano extendida, una sonriente y guapa mujer.

- ¿De Guatemala? -, me preguntó seguidamente.

- Sí, así es -, le dije sorprendido y sin más, me ofreció una copa de vino e hizo señas a un mesero, quien acudió de inmediato con un plato de bocadillos. Ofelia me empezó a contar las excelsitudes del pintor, destacando detalles en algunas de sus pinturas y no contenta con eso, lo llamó para que lo conociera. El hombre era lamentablemente tímido y contrastando, ella nerviosa y desbordada. En su profusión hablaba por él y por todos los que estaban en el lugar. Me sentí gratamente sorprendido por ser el centro de la atención de esa bonita, elegante y joven mujer que desplegaba para mí tanta cordialidad.

- ¡Estos sí saben de este negocio! -, pensé.

- Señor Rodríguez, me interesa mucho mostrarle el catálogo completo de Alfredo porque estamos interesados en exhibir en Guatemala. Lo mejor que esperamos es poder contar con su apoyo y por supuesto, después de hablar de sus condiciones y de las modalidades con las que usted maneja estos eventos por allá -, me dijo con evidentes ansias de agrandar y convencerme.

- Disculpe señorita -, le dije, - Yo no soy el Señor Rodríguez, soy Mario Montes, para servirle -, le aclaré extendiendo de nuevo mi mano.

- ¿Entonces? ¿Quién lo invitó? -, reaccionó confundida.

- Nadie -, le dije, - Estaba abierto y entré, ¿Es que debo salir de aquí? -, pregunté preocupado de haber cometido un atolondrado desaguisado y creí que en ese mismo momento me echarían de allí. La cara de asombro que pusieron cuando se vieron entre sí fue algo verdaderamente chistoso, no pude contenerme y a pesar de estar seguro que alguien me tomaría por el cuello y me sacaría a patadas a la calle, reventé en carcajadas. Al verme reír de ese modo ellos también lo hicieron, algunos asistentes se acercaron y contagiados se unieron a las carcajadas en las que estábamos

atrapados, sin que supieran porqué y haciendo aún más divertido el momento y Ofelia, Alfredo y yo, seguimos riendo sólo porque los demás reían.

Ofelia trabajaba en una galería y para ayudar a Alfredo, a esta exhibición habían invitado a un promotor de arte de Guatemala al que no conocía. Este les había asegurado que compraría algunas obras de Alfredo, les ofreció exhibir sus pinturas en Guatemala y nunca apareció. Esa vez la noche se nos terminó en la tasca de un español y bastante borrachos, al amanecer los llevé a desayunar a mi hotel. Con la complicidad de un botones logré introducirlos a mi habitación y los tres dormimos hasta el final de la tarde.

Poco tiempo después quedaría sorprendido al saber que esa inteligente Ofelia, tan madura y equilibrada, era seis años menor que lo que había creído. Después de conocerla de una manera tan inesperada y alegre, descubrí que la manera de conocernos y la noche bohemia que habíamos armado había sido algo excepcional que nunca más se repetiría. En su realidad normal, la de dentro y fuera de su trabajo, Ofelia era alguien a quien le costaba desenterrar sus risas y hacer flotar sus emociones. La seriedad que la hacía ser tan sobria y elegante que me había cautivado al inicio, al final me hizo huir de ella. Siempre se vestía, decía y hacía lo adecuado para los momentos precisos, hasta que me cansé de esforzarme para sacarla constantemente de su reprimido equilibrio y para que fuera más espontánea, mientras me burlaba de lo que creía su inseguridad. Al final eso se convirtió en un cansado esfuerzo sin fin y su madurez fue después para mí una sobria y acartonada lejanía. Y ahora que de nuevo la veo en sus luchas de sobrevivencia, presiento que a ambos nos pasa lo mismo, que le tenemos miedo a la vida. Al salir del ascensor y para evitar que Gustavo descubriera que bajábamos de mi habitación, fuimos de nuevo a la piscina y desde allí entramos ostensiblemente al bar. Gustavo me presentó a la amiga de Ofelia.

- Marta Bunge -, me dijo al extender su mano.

- Nombre raro para este medio, si no si eres de las familias que arribaron a Centro América a principio de los novecientos -, le dije.

- Sí -, afirmó, - El inicio de nuestra familia aquí fue la inmigración alemana por el asunto del café -, contestó con una seriedad que no congeniaba con su edad ni con la mía.

- En Honduras el café está al sur, ¿Por qué en San Pedro Sula? -, le pregunté asumiendo la cara de viejo serio y correcto que me había infundido con sus maneras.

- No -, me aclaró, - La familia llegó primero a Nicaragua y desde allí migró para acá, hace ya bastante tiempo -, me dijo correctamente educada,

seria y sin permitirse sonrisas ni efusiones.

- ¿Qué pasó con Ofelia, qué te dijo? – me preguntó ansioso Gustavo en cuanto pudo hacerlo.

- Nos apoyará pero me entregará la información en mi próxima visita -, le mentí.

En el Club Social, la empresa había alquilado un pequeño salón en donde atenderíamos al grupo de seis viejos médicos que constituían la directiva de la asociación médica de San Pedro y que llegaron con sus esposas. Federico el gerente local de la empresa llegó con su mujer y con nosotros, completábamos dieciocho personas. El médico de mayor edad era el presidente de la asociación y también el director del Hospital Nacional, objeto de nuestro asedio por los medicamentos que pronto comprarían mediante licitación.

Empecé a conversar con las viejas damas y a desplegar finuras que no eran más que artimañas para agrandar y ganar aceptación. Pensé que la empresa no me había dado formación para esa actuación de cortesano y que seguramente me habían elegido porque descubrieron que yo también ya era alguien prematuramente envejecido, que se prestaba y al que usaban para esto. Eso me hizo mirar a Ofelia, quien encajaba perfectamente en este ambiente por su carácter algo estirado y a Federico, que se mantenía distante como un gran señor ejecutivo que concedía a todos la gracia de su presencia. Su esposa era un adorno lindamente decorado que sonreía y contestaba limitadamente si le dirigían la palabra. De quien sentí envidia fue de Gustavo. A Gustavo todos le importaban un bledo y por eso era que allí, el más natural era él porque le era igual estar en este medio que en cualquier otro. Para él lo importante era contar con recursos para vivir, lo que equivalía a decir que no importaba en cuál equipo jugara. Nadie se daba cuenta que se burlaba de todo lo que pasaba a su alrededor, solo yo sabía que sus sonrisas no eran cortesías sino socarronas burlas reprimidas.

El director del hospital, solemne en su anciana y respetable autoridad, me llevó aparte y pausadamente me dijo que lo visitara en su oficina porque quería hablarme de la próxima licitación. Agregó que iban a agregar medicamentos nuevos y quería que anticipadamente yo supiera cuales iban a ser por si acaso podíamos agregarlos a nuestra oferta. Tomé nota que el gerente local no pintaba para nada en estos procesos y que debido a los nexos logrados con nuestro trabajo, la responsabilidad del logro recaería solamente sobre Gustavo y yo, nosotros solamente éramos los lebreles de su jauría de caza.

Ser joven y haber llegado a esta posición, recientemente había sido mi orgullo pero ahora me cansaba y empezaba a sentir fastidio. Sentía que me agostaba entre tanto viejo, entre tanto resecamiento y "reuniones de



alto nivel" cuando en ese momento, lo que más hubiera querido era estar en un tranquilo bar, con el grifo abierto de mis pensamientos y escuchando un relajante jazz. Eso me llevó a recordar que a unas cuantas cuadras del hotel había visto las iluminadas letras en neón rojo, del rótulo del "Bar de Charlie" que le había grabado señas a mi mente.

Marta lucía como una intocable y delicada muñequita de porcelana por su aspecto blanquecino, frágil y distinguido. Provocado por su fija, recatada y exageradamente correcta conducta a prueba de sorpresas, sentí irresistibles deseos de romper ese molde que se me antojaba artificial y sin normal humanidad. Pensé escandalizarla proponiéndole que hiciéramos el amor pero después pensé que para quebrar esa rigidez tal vez tan solo bastaría con despeinarla en público o sacarle la lengua. Las tonteras que pasaban por mi mente me hicieron perder conciencia de dónde estaba y el viejo director que tenía a mi lado me pescó sonriendo como bobo.

- Creí que estaba realmente cansado -, me dijo pausadamente al inclinarse hacia mí.

- Sin dudas lo estoy, Doctor -, le dije y aproveché, - ¿No se enojará conmigo si me retiro? Haré un viaje especial para hablar con usted sobre la licitación dentro de una semana, ¿Le parece? -, le pregunté.

- No tengo inconveniente, por favor váyase y descanse. Les pedimos a ustedes reunirse aquí porque también nos retiraremos. Estamos invitados a la fiesta que se está desarrollando abajo, en el salón grande -, me confió. - Coordine nuestra reunión con Ofelia por favor -, me pidió cortésmente al despedirme. Me levanté y ante el asombro de Gustavo, Ofelia y Federico que por diferentes razones, estuve seguro considerarían inapropiado lo que hacía, me disculpé por abandonar la reunión y me retiré.

El hotel estaba a unas diez cuadras y decidí caminar para pensar un poco. Mi trabajo era ir de un lugar a otro y tenía pocos días para estar con mi familia. Vivir fuera de casa era lo habitual. Mi mente regresó a la reunión e intenté verme allí a mí mismo, quise ver la expresión que mi cara tenía pero no pude vislumbrarla, se me ocurrió que estaría igual que la de Marta y me pregunté qué dejaba todo eso para mi interior vida personal. Económica y laboralmente estaba bien pero darme cuenta que de manera acelerada perdía motivación, me advertía que yo ya no visualizaba ni valoraba los éxitos que lograba o que estaba dejando de considerarlos como tales. - Peligroso Mario -, me dije a mí mismo, - Peligroso -.

Sentí nostalgia del agradable rostro y del precioso cuerpo de Ofelia y recordé su seria búsqueda ¿De qué? ¿De amor, de seguridad? ¿De mi contacto? Ella no se soltaba a la pasión y nunca pude saber qué papel jugaba en su vida y después rechacé seguir pensando en ella cuando recordé su esterilizada existencia huérfana de sorpresas. Me faltaba una

cuadra para llegar al hotel. Desde la esquina y a tres cuadras a la izquierda, destelló el rotulo del bar de Charlie y sin pensarlo me dirigí hacia allí.

El mueble bar de sólida madera pulida y barnizada, era copia de un colonial clásico y estaba atiborrado de botellas que se multiplicaban al reflejarse en su fondo de espejos. Discordaban los brillosos metales niquelados de las patas de los bancos y de las seis mesas que llenaban el pequeño lugar. Las luces eran pocas y la penumbra controlada invitaba a la relajada reflexión. El que sin duda era Charlie, era un afro hondureño con la personalidad de todos los cantineros del mundo. Afable, me preguntó qué quería tomar en un pésimo español de erres redondas que no podía hacer vibrar. Le pedí vodka con hielo y me dijo que si lo deseaba podía cambiar la música. Cuando le pregunté por jazz, prorrumpió un montón de autores de los que solo me quedaron claros, Ray Charles, Coltrane, Reinhardt, Parker y Mingus, algunos sus tocayos y cuando me preguntó si me gustaban las viejas bandas de dixieland jazz, sin esperar a que le contestara puso a Armstrong y me dejó solo. Era el único cliente en el lugar, era sedante el ambiente oscuro, saturado de la lánguida, gangosa y ronca voz de Louis con su Wonderful World y con el cansancio que cargaba, me abandoné a lo que llegara a mi mente. Para relajarme necesitaba incrementar mi ingesta y le pedí a Charlie otro doble de vodka y para estar más cómodo, dejé la barra y me senté en el mullido sillón de una de las mesas.

- Es un mal viernes -, dijo Charlie cuando me llevó el vaso. - Tuve bastantes clientes a las ocho y desde esa hora, nada -, se quejó. - ¿Querés cacahuates? -, me preguntó, le dije que sí y sonreí al recordar que los afro descendientes de la costa atlántica de Centroamérica, nunca aprendieron a usar el usted al hablar español.

Ella llegó y se sentó a dos mesas de donde estaba yo con los pies subidos a otra silla y mi cabeza recostada contra la pared. Inclino la cabeza en un parco y limitado saludo y levantó su mano para ser atendida. Pidió un licor de café y me di cuenta que Charlie no la conocía. No podía ver su rostro. Vestía blusa negra con chaqueta y falda absolutamente blancas que podrían ser de lino, en un elegante diseño antiguo de líneas verticales. Delgada y espigada, se mantenía quieta y con la cabeza erguida. Con toda la antigualla que me rodeaba, la imaginé con un negro y coqueto sombrero en la cabeza que debería tener velo negro y una pequeña y discreta pluma blanca que sobresaliera de él. Su elegante corrección me indujo a bajar los pies y a sentarme correctamente. Cuando Charlie le preguntó por la música le dijo que lo que sonaba estaba bien para ella y veinte minutos después pidió otro trago más. Me levanté, saludé y le dije que estando solos podíamos hablar y que la invitaba a un trago.

- Acepto el trago, gracias pero no quiero hablar -, me dijo asesinando el diálogo antes que naciera y sin que lograra ver con claridad su rostro, ni

su expresión. Le confirmé que con gusto la invitaba aunque no habláramos y cuando Charlie le llevó otro licor de café, ella le pidió que se lo cambiara por un wiskey con hielo. Charlie desapareció y los dos nos quedamos silenciosos en la penumbra. Era relajante esa acompañada soledad con música de tiempos ya idos. Al rato ella se levantó y tomó el auricular del antiguo teléfono negro de baquelita que estaba sobre la barra y marcó un número.

- Si no venís en quince minutos no quiero verte más -, le dijo a alguien con una controlada voz y el golpe seco del auricular al caer sobre la horquilla del aparato, subrayó lo definitivo de sus palabras. Regresó a sentarse, le hice la universal seña de invitarla levantando mi vaso, aceptó afirmando levemente con la cabeza y no volteó a verme más. Charlie se lo llevó.

- Si no viene, sigue en pie mi invitación para que platiquemos -, insistí con la mayor cordialidad que pude al regresar del sanitario. No dijo nada y persistió en su plan de estática estatua. Poco después entró un fornido hombre maduro, vestido con una elegante filipina bordada, se dirigió a su mesa y empezó una retahíla de disculpas. Ella le dijo algo que no oí y de pronto se levantó y salió. Él la siguió y los oí discutir afuera, sobre la acera. Cuando regresaron, desde el marco de la puerta ella se volvió hacia él y le dijo, - ¡Nó! -, a la vez que enérgica, lo empujaba con la delgada punta de su índice puesto en su pecho. No fue un grito pero sonó, fuerte y definitivo y fue a sentarse de nuevo a su mesa. El hombre asomó su cara por la puerta, la vio por un momento, hizo un gesto dubitativo y finalmente se retiró vencido. En la calle un vehículo arrancó chillando furioso al resbalar llantas sobre el pavimento y en el aire tibio quedó marcado con olor a hule quemado. Ella sacó su pañuelo, se limpió las lágrimas y se sonó la nariz. El drama se había completado.

Hice intento de levantarme para acercarme pero sin voltearse levantó su mano para detenerme. Cuando estuvo en el marco de la puerta pude ver su cara. Era una cara alargada de tersa piel y nariz aguileña, bien marcadas las delgadas cejas y vi sus labios oscuros y bien delineados. Resumía elegancia y distinción y tampoco era una jovencita.

- Me estoy metiendo con una vieja -, pensé, desistiendo en ese momento y llamé a Charlie para pagarme y retirarme.

- ¿Te vás? -, me preguntó ella.

- Si -, le contesté, - No querés hablar conmigo -, puse como pretexto.

- ¡Por Dios!, ¡Otro más de flojas decisiones! -, exclamó con fastidio. Se levantó, vino a mi mesa y la pequeña luz de la pared iluminó su cara. Era

en realidad una madura belleza de líneas clásicas.

- ¿Nos tomamos otro? -, le pregunté y como no respondió, pedí dos más a Charlie quien se ya acercaba por mi llamado.

- ¿De qué querías hablar? -, me preguntó con un tono más neutro que perentorio pero que sentí cargado de autoridad.

- Pues de la luna, de las estrellas, del calor o del sexo de los peces -, le contesté. Se rió mostrando su bien alineada dentadura.

- Hoy solo estoy para hablar de cualquier mierda que no sea nada personal -, dijo y presumí que "mierda", era algo que sólo lo permitía su estado de contrariedad.

- Ni siquiera quiero saber cómo te llamás -, dijo sin agresión pero con cierta dureza que destilaba amargura.

- Tranquilizáte, todo pasa -, le dije para apaciguarla.

- ¡Tampoco por allí! -, me advirtió con energía, - Odio a los comprensivos -, me dijo.

- ¿Entonces bailamos? -, le pregunté. Y con eso se rió y quedó desarmada.

- No te he dejado salidas, ¿Verdad? -, me dijo sonriendo sin abandonar su tristeza.

- ¡Ah, No debe ser para tanto! -, se dijo a sí misma y en voz alta al levantarse. Tiró de mi mano y me llevó a la oscuridad entre las mesas donde empezamos a bailar la Vie en Rose que Armstrong cantaba. Su perfume era un dulzón Channel quien sabe qué número. No me di cuenta que lloraba hasta que se vio obligada a sacar su pañuelo para limpiarse las lágrimas.

- Es por lo que más me odio, ¡Soy tan patética por Dios! -, expresó con voz de llanto y regañándose a sí misma. La llevé a la mesa, se tomó de un solo trago el wiskey que quedaba en su vaso y sollozó calladamente por un rato más. Después se quedó quieta.

- ¡Por la gran puta decíme algo! -, soltó después de un rato de silencio y sorprendiéndome.

- ¡No te entiendo, me pediste que no hablara! -, me defendí.

- No entendés a las mujeres, ¿Verdad? -, afirmó calmadamente después. Se inclinó sobre la mesa, acercó su rostro y me miró con abiertos ojos

brillantes.

- ¡Por Dios!, ¡Solo necesito que me digas algo que me saque de esto! -, suplicó quedamente con una mirada desolada y esa humana claudicación me identificó con ella. Extendí mi mano, ella la tomó y la mantuvo apretada.

- Tal vez lo que ocurre sea siempre lo mejor -, dijo después como si solo lo pensara.

Ya eran más de las dos de la mañana y se lo dije. Pagué y salimos de allí. La calle estaba fresca y el viento frío que corría nos disipó la penumbra que se nos había adherido. No circulaban autos y le dije que fuéramos al parque frente al hotel, a buscar un taxi que la llevara quien sabe a dónde. Cuando tres cuadras después llegamos al parque, frente a mi hotel me empujó para que cruzáramos la calle. Sobre la acera y al pie de las gradas de la entrada, el botones de turno abrió la puerta y le dijo:

- Buenas noche Doña Lidia -, y a mí, - Buenas noches Don Mario -, y los dos nos quedamos viendo sorprendidos. Pedimos nuestras llaves, la tomé del codo y la acompañé hasta la puerta de su cuarto.

Cuando se introdujo en él, trastabilló y yo cerré la puerta. No supe si se había caído.

A las seis de la mañana cuando sediento bajé al comedor, en él estaban unos pocos huéspedes madrugadores y los que debían llegar temprano al aeropuerto. En la mesa de la esquina más alejada y como si me esperara desde ayer, estaba Ofelia vestida con ropas deportivas. Me senté frente a ella sin saber qué decirle. La resaca había impedido que me sorprendiera.

- Nunca olvidé que cuando más te emborrachás, más madrugás. -, me dijo.

- Es la culpa -, agregó después en un fallido intento de ironía que no le funcionó. Al acercarse el mesero, ella pidió,

- Primero traiga un vaso grande de jugo de naranja y un café negro para mí y después, una soda con hielo, sal y limón para el señor -.

- ¿Después de un año? -, le pregunté sorprendido.

- Hay cosas que no se olvidan nunca -, dijo con seriedad y nos quedamos viendo en silencio. Su expresión me decía que no se sentía divertida. Tampoco estaba enojada. Lo que había era una cierta gravedad en su rostro, como si estuviera frente ante algo trascendente que debía exponer

o que sabía que iba a ocurrir.

- Mario, ¿Hasta cuándo, pensar e inventarte cosas dentro de tu cabeza va a dejar de ser la pasión de tu vida? -, me dijo queriendo entrar dentro de mí.

Y me sentí invadido por la genuina ternura de su interés, sabiéndola una reprimida.

- ¿Te das cuenta que ya es una adicción que te impide vivir en la realidad? -, siguió diciéndome. - ¿Cuándo vas a salir de eso? Date cuenta que aquí estoy yo -, me dijo,

- Yo existo, soy la realidad o por lo menos es lo que quiero ser para vos -, dijo para agregar, - ¿Divagar es tu pasión? ¡Por Dios! Yo no soy una abstracción, a mí sí me podés tocar y es lo que quiero -, agregó después tomando mi mano y sorprendiéndome todavía más.

- ¿Quién te dijo que anoche me emborraché? -, le pregunté atarantado.

- Los borrachos siempre se juntan, mi tía Lidia te describió -, me dijo y después, confiada y abiertamente, sonrió mostrando su linda dentadura.

**Álvaro Amaya, Guatemala, C. A.**

Cuento reeditado y subido a [www.megustaescribir.com](http://www.megustaescribir.com) el 7 de Agosto 2018. Foto: Pixabay